



JAMES DICKEY

LIBERACIÓN

Traducción del inglés y prólogo de Jon Bilbao

IMPEDIMENTA

ANTES

Se desplegó despacio, forzado a mostrar los colores, y volvía a enrollarse de golpe en cuanto alguno de nosotros lo soltábamos. El paraje permaneció en tensión hasta que pusimos las cuatro jarras de cerveza sobre las esquinas y el río discurrió ante nuestros ojos a través de montañas, doscientos cuarenta kilómetros al norte. Lewis cogió un lápiz y trazó con fuerza una pequeña x en un punto donde el verde se aclaraba al elevarse el terreno, y a continuación fue señalando el curso, corriente abajo, en dirección noroeste-suroeste, a través de los bosques impresos. Yo miraba la mano más que la ubicación que señalaba, pues parecía ostentar poder sobre el terreno, y cuando se detenía para que Lewis nos explicara algo, era como si todas las corrientes, por doquier, cesaran de fluir, aguardando en silencio a que él concluyera lo que tenía que decirnos. El lápiz se dio la vuelta y la goma de borrar que tenía al otro extremo señaló los límites de un área de ochenta kilómetros de largo por la que el río trazaba meandros cerrados.

—Cuando hagan otro levantamiento topográfico y actualicen el mapa —dijo Lewis—, todo esto de aquí será de color azul. Ya han empezado a construir la presa en Aintry y, en primavera, cuando la acaben, desaparecerá un largo tramo del río. Todo este valle quedará inundado. Pero de momento es zona salvaje. Salvaje de verdad; parece Alaska. Tenemos que ir antes de que las inmobiliarias se apoderen de la zona y la conviertan en un paraíso, como ellos dicen.

Me incliné y estudié el contorno invisible que había dibujado, traté de imaginar los cambios venideros, el ascenso nocturno del agua embalsada que crearía un nuevo lago, con sus parcelas en primera línea, puertos deportivos y latas de cerveza, e intenté también visualizar el paraje tal y como Lewis decía que era ahora, un lugar deshabitado y libre. Respiré hondo y solté el aire; mi cuerpo, en especial la espalda y los brazos, estaba listo para algo así. Eché una mirada al bar y de nuevo al mapa, fijándome en el punto por donde accederíamos al río. Un poco al suroeste, el papel empalidecía.

—¿Esto significa que aquí la altura es mayor? —pregunté.

—Sí —dijo Lewis, lanzándome una mirada fugaz para dejarme claro que estaba siendo tolerante conmigo.

Vale, tiene la intención de hacer de esto algo más, pensé. Una lección. Una enseñanza moral. Un principio vital. Una senda.

—Debe de discurrir por una garganta o algo así —dijo—. Pero podemos recorrerlo en un día, sin problemas. Y el agua debería estar bien, sobre todo en esa parte.

No entendí qué significaba que el agua estuviera bien, pero para que a Lewis se lo pareciera el agua debía cumplir un estándar de calidad muy definido. Tenía una manera muy personal de abordarlo todo; lo que más le gustaba, en realidad, era hacer las cosas a su estilo. Disfrutaba en particular eligiendo un deporte muy especializado y difícil —habitualmente alguno que

se pudiera practicar en solitario— y elaborando una aproximación personal sobre la que luego se pudiera explayar. Yo había sido testigo de ello cuando practiqué con él pesca con mosca, tiro con arco, halterofilia y espeleología, disciplinas para las que Lewis había desarrollado en cada caso toda una mística. Ahora le tocaba al remo en canoa. Me recosté, apartando la vista del mapa.

Bobby Trippe estaba frente a mí. Tenía el pelo fino y escaso y la tez de un rosa subido. Era al que menos conocía de quienes estábamos a la mesa, pero me caía bien. Era cínico en una medida amable y me daba la impresión de que coincidía conmigo en que no debíamos tomarnos a Lewis demasiado en serio.

—Es la típica cosa que a los padres de familia de clase media les da por hacer de vez en cuando —dijo Bobby—. Pero la mayoría se tumba a esperar a que se les pase el arrebato.

—Y la mayoría acaba en el cementerio antes de llegar a levantarse —dijo Lewis.

—Es como cada vez que te propones volver a ponerte en forma. Igual que cuando eras reserva en el equipo del instituto y tenías que esprintar. Hay quien sale a correr de vez en cuando, pero ¿quién se va a poner a esprintar? ¿A quién se le ocurre hacer descenso en canoa?

—Ahora tienes la oportunidad —dijo Lewis—. Este fin de semana, si te puedes pedir el viernes libre. O bien vamos Ed y yo, o podemos ir los cuatro. Pero me lo tenéis que decir ahora, para conseguir la otra canoa.

Me gustaba Lewis; me había vuelto a contagiar su entusiasmo caprichoso y tenaz, el mismo que me había arrastrado a tirar con arco, a la caza de descaste y a meterme en una cueva angosta donde hacía un frío horrible y vimos una rana translúcida muerta. Lewis era el único hombre al que yo conocía capaz de hacer exactamente lo que quería con su vida. No dejaba de hablar de irse a vivir a Nueva Zelanda, Sudáfrica o Uruguay,

pero no se podía alejar del edificio de viviendas de alquiler que había heredado y que, en mi opinión, nunca abandonaría. No obstante, siempre estaba pensando en mudarse a otro sitio, en irse a alguna parte, en hacer algo más. Todas esas disciplinas y místicas le habían hecho desarrollar una forma de ser que me resultaba impresionante. No solo era resuelto, sino también osado. Era uno de los mejores arqueros de competición del estado y —pese a haber cumplido los treinta y ocho, o treinta y nueve— uno de los hombres más fuertes a los que yo había estrechado la mano. Levantaba pesas y practicaba con el arco a diario, y como resultado había desarrollado una resistencia que le permitía mantener completamente tendido un arco de sesenta libras de potencia durante veinte segundos. Una vez lo vi abatir una codorniz con una flecha de aluminio de tiro al blanco. El proyectil se le clavó entre las plumas de la espalda cuando el ave estaba ya tan lejos que parecía imposible acertarle.

Yo lo acompañaba siempre que me lo pedía. Tenía un arco que él me había ayudado a elegir y algunos accesorios de segunda mano, y me gustaba ir al bosque con Lewis cuando hacía buen tiempo, como sucede habitualmente en esta región del sur durante la temporada de caza. Por practicarlo en un paraje tan grato y por la compañía de Lewis, el tiro con arco en el campo —con la improbable promesa de cazar un ciervo— me gustaba más que el golf. Pero, sobre todo, por Lewis. Era el único hombre al que conocía que estaba resuelto a conseguir algo de la vida y que poseía tanto los recursos como la voluntad para hacerlo, y me intrigaba saber, a modo de experimento, hasta dónde lo llevaría su resolución.

Yo no era muy de teorías, pero aquella excursión me daba buen pálpito. Después de mucho tiempo tirando a ciervos de papel, me entusiasmaba pensar en enfrentarme a uno de verdad.

—Y ¿cómo llegamos al río exactamente? —preguntó Drew Ballinger.

—Hay un pueblo de mala muerte aquí, una vez dejas atrás la parte alta —dijo Lewis—. Se llama Oree. Podemos acceder por allí y salir en Aintry un par de días después. Si el viernes a última hora estamos en el agua, podemos regresar el domingo a media tarde, y a lo mejor hasta ver el segundo tiempo del partido en la tele.

—Hay una cosa que me preocupa —dijo Drew—. No tenemos ni idea de dónde nos estamos metiendo. Ninguno sabemos nada de bosques ni de ríos. La última embarcación en la que me subí fue la motora de mi suegro en el lago Bodie. No sé ni llevar un bote en línea recta, no digamos ya una canoa, ni solo ni acompañado. ¿Qué diantre se me ha perdido en esas montañas?

—Escucha —dijo Lewis, haciéndole una seña para atraer su atención—, correrás más peligro en la autopista volviendo a casa esta noche que en el río. Alguien se puede saltar la mediana.

—A mí todo este asunto me parece un disparate —dijo Bobby.

—Muy bien —dijo Lewis—. Dejad que os lo aclare. ¿Tú qué vas a hacer esta tarde?

—Bueno —empezó Bobby, y se quedó pensando un momento—. Lo más probable es que vea a un par de clientes nuevos para hablar de fondos de inversión inmobiliaria. Tengo que redactar unos documentos y llevarlos al notario.

—¿Y tú, Drew?

—Hablar con comerciales. Estamos analizando el desempeño de cada uno para ver en qué estamos fallando. Intentamos dar con formas de aumentar las ventas de refrescos. Es lo mismo de siempre. A veces suben, a veces bajan. Ahora están bajando.

—¿Ed?

—Sacar unas fotos para Tejidos Kitts —dije—. Kitt'n Britches.¹ Una chica mona en bragas acariciando un gato.² Un gato de verdad, quiero decir.

—Una pena —dijo Lewis con una sonrisa, aunque nunca parecía disfrutar hablando de sexo.

Nos había dejado claro lo que quería decir sin soltar prenda sobre cómo pasaría él la tarde. Echó una mirada al bar, un típico local de las afueras, y apoyó la barbilla en la mano a la espera de que los otros dos tomaran una decisión.

Yo pensaba que no vendrían. Estaban satisfechos con su día a día; no se aburrían como Lewis y yo. Bobby, en particular, parecía disfrutar de la vida que llevaba. Creo que era de alguna otra parte del sur, puede que de Luisiana, y desde que se había mudado aquí —al menos desde que yo lo conocía— las cosas parecían irle bien. Era muy sociable y no le molestaría que alguien se refiriese a él como un vendedor nato. Le gustaba la gente, afirmaba, y él le gustaba a la mayoría de la gente, a algunos de manera genuina y a otros solo porque estaba soltero y era un buen invitado para cenas y fiestas. Te lo encontrabas en todas partes. Lo veía allá donde iba, o me lo cruzaba al llegar o al marcharme. Ya fuese en un aparcamiento o en un supermercado, no me cabía duda de que me encontraría con él; si pensaba que lo iba a ver, lo veía, y si no lo pensaba, también. Era una persona de apariencia afable, aunque una vez lo había visto enfadarse en una fiesta y esa imagen se me quedó grabada. Sigo sin saber qué sucedió, pero la cara se le transformó

1. El nombre del producto para el que van a hacer las fotos se puede traducir literalmente como «Kitt y bragas», pero en inglés la pronunciación coincide con la de «trasero de gatito». (*Todas las notas son del traductor.*)
2. En el original: *Cute girl in our britches stroking her pussy*, donde *pussy* significa «gato» pero es asimismo un término vulgar para referirse a los genitales femeninos. De ahí la aclaración que el personaje realiza seguidamente.

de una manera aterradora, como a un rey débil presa de un arrebato de furia. Pero fue solo una vez.

Drew Ballinger era un tipo franco y tranquilo. Adoraba a su familia, en particular a su hijo pequeño, Pope, que tenía una especie de verruga protuberante y alargada en forma de cuerno sobre la ceja, un espantoso recordatorio de los horrores de la biología. Era supervisor de ventas en una gran compañía de refrescos, y creía con toda su alma en la empresa y en los valores en los que esta decía basarse. Tenía un ejemplar de la historia de la compañía en la mesilla de centro de la sala de estar de su casa, y la única vez que lo vi perder los papeles fue con motivo de los eslóganes publicitarios de una nueva empresa de la competencia, en los que afirmaban que sus bebidas tenían propiedades adelgazantes. «¡Malditos mentirosos!», había dicho. «Tienen tantas calorías como las nuestras y lo podemos demostrar.»

Pero Lewis y yo éramos distintos a ellos, y también éramos distintos entre nosotros. Yo no compartía su empuje ni sus obsesiones. Él aspiraba a ser inmortal. Tenía cuanto se le podía pedir a la vida y aun así no le bastaba. No toleraba las renunciaciones ni ver cómo la edad le iba arrebatando cosas, privándolo de la oportunidad de dar por fin con lo que realmente quería, lo cual debía de hallarse en alguna parte y habría de acabar sometido a su voluntad. Era de la clase de hombres que trata por todos los medios —pesas, dieta, ejercicio, manuales de diversas disciplinas, desde la taxidermia hasta el arte moderno— de dominar su cuerpo y su mente y desarrollarlos, para imponerse al paso del tiempo. Al mismo tiempo, siempre era el primero en correr riesgos, como si la laboriosa tarea de lograr la inmortalidad fuera una carga demasiado pesada y buscara librarse de ella mediante un accidente, o algo que lo pareciera a ojos de los demás. Un par de años antes, había sufrido una caída y se había arrastrado cinco kilómetros por el bosque hasta llegar a su coche, y luego había vuelto a casa usando un palo para apretar

el acelerador porque se había roto la rodilla derecha. Fui a verlo al hospital, sobre todo porque me había invitado a ir al bosque con él y yo no había podido acompañarlo. Le pregunté qué tal estaba. «Esto es un lujo», dijo. «Durante una temporada no tengo que levantar pesas ni dar puñetazos al saco.»

Lo miré. Tenía cara de halcón, pero de un tipo de halcón particular. Su cabeza parecía aplastada por los costados, lo que daba como resultado un rostro puntiagudo en el que destacaba la nariz, larga y curva. Tenía la tez de un tono arcilloso y el pelo rubio, con una mancha canosa cerca de la coronilla, precisamente donde más oscuro era el resto del cabello.

—Bueno, qué —dijo—. ¿Os apuntáis?

Yo estaba encantado de ir. Mientras oía a Drew hablar de sus análisis de ventas, visualicé la tarde que me esperaba a mí. Las luces del estudio se encendieron en contra de mi voluntad y oí crujir bajo mis pies los periódicos extendidos por el suelo. Imaginé el aspecto que seguramente tendría la modelo, aunque solo había visto una foto suya, de pie en la segunda fila de un certamen de belleza en una pequeña ciudad vecina, rodeada por un círculo de lápiz rojo trazado por mi socio, Thad Emerson. Había contactado con ella a través del periódico y de la Cámara de Comercio y la había llevado a Tejidos Kitts, donde había gustado. A la agencia de publicidad con la que trabajaba Kitts también le había agradado bastante —aunque al que llevaba la cuenta no le había parecido «muy profesional»—, y ahora íbamos a emplearla como modelo. La chica —de una belleza nada llamativa, convencional— sería el meollo de un millar de decisiones y de compromisos que concluirían en un anuncio en un catálogo de ventas de escasa circulación, muy parecido al resto de los que aparecían en sus páginas. Pensé en cómo sería ella y en la sesión de fotos, y en los diseños que me tendrían ocupado durante horas y horas, y en el toma y daca interminable con la agencia, en la facturación, en el engorro de la contabilidad y en

todo lo demás, y me alegré de irme con Lewis. Estableciendo una extraña conexión entre el tiempo que iba a pasar con él y mi día a día, volví a mirar el mapa, pero ahora como si fuera uno de los diseños con los que trabajaba en el estudio.

Desde luego, no era gran cosa desde el punto de vista del diseño. El terreno elevado, en color canela y tonos aún más claros de marrón, trazaba meandros entre verdes de diversas tonalidades y formas, sin nada que llamara la atención ni te hiciera detenerte en ningún punto. Aun así, era difícil apartar la vista del conjunto; había una suerte de armonía. Quizá, pensé, es porque trata de mostrar lo que existe. Y porque representa algo que va a cambiar para siempre. Cerca de mi mano izquierda, un color nuevo, el azul, se colaría por el papel remontando el curso del río, y traté de trasladar mi mente allí, solo allí, e imaginar algún detalle concreto que si no veía ese fin de semana ya nunca podría contemplar; intenté visualizar el ojo de un ciervo entre las hojas, elegir una piedra en particular. Con qué facilidad se escapa el mundo entre los dedos.

—Yo voy —dijo Drew— si puedo llevar la Martin.

—Claro, llévala —dijo Lewis—. Será agradable escucharla allí.

Sin poseer ningún talento, como él habría sido el primero en reconocer, Drew tocaba muy bien, a fuerza de entrega. Llevaba doce años dedicándose a la guitarra y al banjo —sobre todo a la guitarra—, y le entusiasmaba el estilo *fingerpicking* más puro: el reverendo Gary Davis, Dave Van Ronk, Merle Travis, Doc Watson.

—Tengo una Martin restaurada que le compré a un chaval —dijo Drew—. No os preocupéis, no pienso llevar la mejor de mi colección.

—Muy bien, mis primitivos amigos —dijo Bobby—. Pero yo insisto en disponer de algunas comodidades elementales. A saber: alcohol.

—Lleva todo el que quieras —dijo Lewis—. De hecho, la sensación de bajar los rápidos medio borracho es digna de vivirse.

—¿Llevarás el arco, Lewis? —pregunté.

—Claro que sí —dijo—. Y si uno de los dos caza un ciervo, podemos comernos la carne y guardar la piel y la cabeza, y yo me ocuparé de curar una y disecar la otra.

—Técnicas de supervivencia dignas de una guerra atómica, ¿eh? —dijo Bobby.

—De la mejor clase.

Yo estaba de acuerdo, pese a que estábamos a principios del otoño y se trataría de caza furtiva. Pero sabía también que Lewis haría lo que se proponía; el furtivismo se contaba entre sus conocimientos. Las camareras, con ropa ceñida y translúcida y flores en el pelo, no dejaban de echar ojeadas al mapa. Era hora de irnos. Lewis retiró dos de las jarras de cerveza y el mapa se enrolló de golpe.

—¿Puedes llevar tu coche, Drew? —preguntó cuando nos pusimos en pie al mismo tiempo.

—Claro —dijo—. Mi chaval no va a necesitarlo. Todavía no tiene edad para conducir.

—Ed y yo nos encontraremos con vosotros el viernes a primera hora, a eso de las seis y media, donde la carretera de Will's Ferry se une a la autopista, delante del nuevo centro comercial, el Will's Plaza. Yo llamaré a Sam Steinhauser esta noche y le preguntaré en qué estado se encuentra su canoa. Ya tengo casi todo el resto del material. Vosotros traed zapatillas de tenis, licor y la mente abierta.

Nos pusimos en marcha.

Hacía sol en la calle, y yo iba pensando mientras caminaba. Se me había hecho un poco tarde, pero no tenía importancia.

En nuestra empresa nadie sudaba la camiseta, como dijo Thad en una ocasión, y le encantó que esa expresión se popularizara. Hacía diez años que teníamos el estudio, desde que se lo compramos a su fundador, que ahora debía de rondar la setentena y que estaba haciendo realidad el sueño de su vida: retratar a turistas en Cuernavaca. En cierto sentido, era un placer trabajar en Emerson-Gentry, al menos si se comparaba con cómo funcionaban los demás estudios de la ciudad. Thad se había convertido en un hombre de negocios razonablemente eficaz, y yo, cuando me lo proponía, era un asesor y director gráfico más que aceptable. El estudio estaba repleto de hombres afables y canosos que habían probado suerte en Nueva York y vuelto al sur para vivir aquí el resto de sus días. Eran competentes, aunque no poníamos el listón demasiado alto, y cuando no estaban ocupados con diseños y maquetas, se reclinaban tras su mesa de dibujo, cruzaban las manos en la nuca y perdían la vista en el vacío. De vez en cuando también nos llegaban chicos recién salidos de la facultad de Bellas Artes —o, con menos frecuencia, de la de Ingeniería— que tenían una idea asombrosamente buena cada seis meses y el resto del tiempo intentaban colarte ocurrencias absurdas. Estos no duraban mucho con nosotros; o bien nos utilizaban para adquirir experiencia y luego ascendían a mejores empleos, o bien probaban suerte en otros campos. Desde que Thad y yo dirigíamos el negocio también habíamos contratado a un pequeño grupo de personas que se veían a sí mismas como verdaderos artistas y que solo estaban dispuestas a hacer lo que consideraban abiertamente como trabajo rutinario para luego poder dedicarse a su propia obra por las noches, durante los fines de semana y en vacaciones. Eran los que más pena daban; más que el excopiloto de bombardero que ahora acarrea sacos de fertilizante; más que el recién graduado de la facultad de Diseño que comprende que debe abandonar la industria porque

es incapaz de ascender. Uno era un tipo de mediana edad que colgaba reproducciones de Utrillo en su cubículo e intentaba dar la impresión de que se hallaba en una situación coyuntural, en una estación de paso donde lo recordarían cuando se fuera. Pero nunca se habría ido si nosotros no lo hubiéramos echado. Cuando se largó, trabajó durante un tiempo en otro estudio, y después, sencillamente, desapareció. Yo nunca había visto a nadie tan apasionado por el arte. A diferencia de Lewis, él tenía un único interés, y pensaba que poseía el talento necesario para convertirse en algo más que un artista local. Para los artistas locales y los pintores de fin de semana solo tenía palabras de desdén y rehusaba acudir a sus exposiciones. Siempre proponía aplicar las técnicas de *collage* de Braque a los diseños para catálogos de fertilizantes y plantas de procesamiento de pulpa de madera, y para mí fue un alivio inmenso no tener que volver a oír nada de eso.

Nos habíamos consolidado como un estudio modesto. Yo era consciente y me alegraba de ello; no aspiraba a superar nuestras limitaciones, ni a contratar a genios que estuvieran de camino al museo Whitney o al suicidio. Sabía que teníamos suerte y que seguramente seguiríamos teniéndola; que nuestro éxito se debía sobre todo a la escasez de sofisticación gráfica en el sector. Éramos capaces de manejar bien lo que teníamos, y el clima empresarial permitía que todo el sector se mantuviera a flote, incluso las firmas que tendían a la incompetencia, siempre que fueran serias y puntuales. Las agencias más grandes de la ciudad y las sedes locales de las empresas de Nueva York y de Chicago no nos hacían muchos encargos. Les ofrecíamos nuestros servicios a algunas con poco convencimiento, pero cuando respondían sin entusiasmo, nuestro estudio —o al menos Thad y yo— se alegraba de volver adonde siempre había estado. Las agencias que nos gustaban y con las que nos entendíamos mejor eran las que se parecían más a nosotros, las

que trabajaban sin urgencia y cuidaban de su gente. Nuestros clientes eran pequeños negocios locales: bancos, joyerías, supermercados, emisoras de radio, panaderías y empresas textiles. Era la línea que queríamos seguir.

Al pasar bajo la sombra de un gran árbol, sentí que se me subía la cerveza, no a la garganta, sino a los ojos. Hacía un día cegador, que parecía girar sobre una suerte de eje, y entre los destellos cayó una hoja, teñida en el borde de un color inusual. Me percaté entonces de que ya casi era otoño. Subí la última cuesta.

Estaba a medio camino de la cima cuando me fijé en cuántas mujeres había a mi alrededor. Desde que había dejado atrás la estación de servicio de Gulf que había en la esquina, no había visto a un solo hombre. Me fijé en los coches que pasaban, pero en los minutos que mediaron hasta que llegué al edificio no vi a ninguno. Casi todas las mujeres eran secretarias o archiveras, jóvenes y no tan jóvenes, de mediana edad, y sus voluminosos peinados colmena, sostenidos con abundante laca, o cardados o recogidos, en cualquier caso rígidos, me deprimieron. Yo no dejaba de buscar un culo decente y al fin di con uno, enfundado en una falda beige, pero cuando la chica se volvió hacia mí, mascando chicle, y vi su cara anodina, todo se fue al traste. Me sentí de repente como George Holley, el admirador de Braque, debía de sentirse cuando trabajaba para nosotros, repitiéndose de todas las maneras posibles, día tras día: estoy aquí, pero no soy como vosotros. Sin embargo, yo no me engañaba. Yo era como ellas, uno más de aquel grupo de gente que subía la cuesta delante de mí y entraba en el edificio. Formé parte de la corriente de personas que ceremoniosamente se dividió en dos para rodear la moderna fuente llena de monedas de uno y de diez centavos.

Al abrirse la puerta, una chica con un peinado colmena me adelantó y entró al interior climatizado. Mientras cruzábamos

la puerta giratoria, tanto las mujeres como yo emanábamos un leve pero incuestionable olor a comida. En el ascensor había hilo musical, y subimos con el acompañamiento de «Vienna Blood» interpretado con abundancia de cuerdas. Durante uno de los estribillos me sentí como si tuviera una piedra en el estómago. Me aflojé el cinturón y la cerveza se asentó mientras yo me enjugaba el sudor con la manga de la americana. En el sexto piso ya solo quedábamos dos mujeres y yo; las otras trabajaban en las oficinas más grandes, de planta abierta, que había en los pisos inferiores: agencias de seguros. Recorrí el pasillo diáfano, sin ventanas, hacia la puerta de nuestro estudio, cuyo cristal lucía la efigie de una cabeza de caballo. Lo único bueno que había hecho Holley para nosotros había sido transformar uno de los pájaros de Braque en un Pegaso, que voló ligero a mi lado cuando entré.

—¿Alguna llamada?

—Ninguna importante, señor Gentry. A Viviendas Prefabricadas Shadow Row le gustaría ver las pruebas la semana que viene. Ha llamado una chica que quiere trabajar con nosotros. No ha dejado su nombre. Volverá a llamar. Y ya ha llegado la modelo para Kitts.

—Muchas gracias —le dije a Peg Wyman, que llevaba mucho tiempo con nosotros y se le notaba—. Voy enseguida.

Crucé el vestíbulo mientras me quitaba la americana. La mayor parte del estudio era un espacio abierto. Un sitio de buen gusto, en mi opinión. Thad y yo teníamos unos despachos muy agradables, con mucha luz, y los directores artísticos con más antigüedad o los mejor pagados disponían también de su propia oficina, más pequeña, o al menos de un cubículo. El resto del estudio consistía en una estancia diáfana con mesas de dibujo, y me quedé un momento observando las cabezas calvas y grises en sus puestos de trabajo, así como las morenas lustrosas, las rizadas y las de pelo lacio. Quizá yo no pudiera

atribuirme todo el mérito de haber creado aquel lugar, me dije con una voz interior diferente a la voz con la que habitualmente dialogaba conmigo mismo, pero sí al menos una parte. Nunca había experimentado con tanta intensidad la sensación de hallarme en un sitio creado por mí. Alton Rogers no estaría allí, soñando despierto con la vez que sobrevoló el Himalaya durante la guerra, si no fuera por mí. El cubículo de George Holley seguiría empapelado con reproducciones de Utrillo. La distribución de cabezas, dedos, gafas, no sería la que era en aquel momento de no ser por mí. Aquellas personas seguramente estarían trabajando en otra empresa. En cierto modo, eran mis prisioneros: pasaban allí la vida; en algunos casos una parte pequeña; en otros, la mayor parte.

Pero lo mismo podía decirse de mí. En realidad no los consideraba mis prisioneros, sino mi responsabilidad. Entré en mi despacho, colgué la americana y durante un instante apoyé una mano en la mesa de dibujo, como si posara para un anuncio de una revista de decoración: el vicepresidente Gentry toma una decisión importante. Sería una de esas poses que aspiran a comunicar que tales decisiones, tomadas por hombres responsables de mediana edad, suponen un factor importante para el mantenimiento de la economía y la moral de Occidente. Quizá fuera verdad. Seguramente en cierto modo lo fuese.

Entre los diseños apilados asomaba la foto de mi mujer y de mi hijo, Dean. Había fajos de encargos, unos aprobados y otros en curso de valoración, procedentes de agencias de publicidad, y escribí una nota para recordarle a Thad que algunas de las menos imaginativas nos seguían insistiendo para que trabajáramos con ellas como departamento artístico, algo que a ninguno de los dos nos apetecía hacer. Llamé a Jack Waskow, el fotógrafo, para ver si ya estaba listo. No lo estaba, necesitaba unos minutos, y yo tomé asiento y pensé si había algo que

pudiera resolver en el breve ínterin, algo que pudiera quitarme de encima.

Sin embargo, no hice nada; me quedé inmóvil, sin pretenderlo. No sentía ni mis propios latidos. La sensación de que cualquier cosa que hiciera o en la que pensara o que ojeara sería completamente intrascendente se me filtró hasta la misma médula de los huesos. ¿Cómo me sacudo esta idea?, me pregunté. La mejor respuesta que se me ocurría era hacer algo accesible, eso y no decirle a nadie cómo me sentía. No era más que la clásica sensación, muy humana, de mortalidad, de desamparo, de miedo ante el paso del tiempo. Me había sucedido un par de veces previamente, aunque en esas ocasiones había estado con mi familia; en el estudio era más fácil mantenerme ocupado, o al menos parecerlo, lo que en algunos casos era más complicado que trabajar de verdad. Pero esta vez sentí auténtico miedo. Esa sensación había calado en mí, y supe que, aunque lograra ponerme en pie, imponiéndome al enorme peso de la lasitud, solo sería para acercarme a la fuente de agua o hablar con Jack Waskow o con Thad sintiendo que no era yo mismo, sino otra persona, un pobre imbécil tan insustancial e impotente como un fantasma, que repetía una y otra vez los mismos movimientos.

Cogí un boceto que había hecho para el anuncio de Kitt. Si de algo estaba razonablemente seguro era de mi habilidad para disponer los elementos de un diseño en una suerte de composición armoniosa. Por regla general, no me gustaban los anuncios de estilo tradicional y facilón, como los de Boraxy, con tipografías chillonas y un uso obvio y chabacano del sexo con fines comerciales, ni tampoco la publicidad demasiado «creativa», basada bien en planteamientos pillados por los pelos o tramposos, bien en un desmelenamiento calculado. Me gustaban la armonía y las composiciones cuyos elementos no entraran en conflicto ni se eclipsaran entre sí. Había ganado un par de modestos

premios locales de dirección artística, aunque lo cierto era que la competencia no era muy reñida, y los tenía colgados en la oficina. Estudié el diseño para Kitt, pensado para anunciar una colección de lencería femenina de seda artificial llamada Kitt'n Britches. Aparecía una chica vestida con nada más que unas bragas, de espaldas a la cámara y mirando por encima del hombro. Tal como habíamos decidido, la cabeza de un gato que ella sostendría en brazos debía asomar bajo su barbilla, y a mí me preocupaba un poco que, con un encuadre lo bastante amplio como para mostrar las bragas, la cabeza del gato se viera demasiado pequeña. Podíamos recortar la foto, claro está, como había propuesto el encargado de la cuenta; no hacía falta que enseñáramos los pies de la chica, pero a mí me apetecía. Para empezar, porque me gustan los pies, y porque muchas veces una imagen de cuerpo entero surte, curiosamente, más efecto que una recortada con tijeras. Habíamos discutido al respecto con la agencia y también con el gerente de ventas de Kitt, un tipo insoportablemente rústico cuya idea original había sido mostrar a una chica en una situación como la del anuncio de Coppertone, en el que un cachorro de perro tira con los dientes de la parte de atrás del bañador de una niña, dejándole el trasero al aire. «Si hiciéramos eso mismo con un gato —dijo—, también serviría para demostrar que las bragas no se caen ni se rompen.» Entre la agencia y yo le sacamos la idea de la cabeza, le explicamos que una revista sería no incluiría un anuncio semejante en sus páginas, y que tampoco encontraríamos a una chica con aspecto respetable dispuesta a posar para él. Al final se plegó a nuestro parecer, pero, aun así, quería una carga sexual mayor que la que yo buscaba, y antes de irse me dejó claro que la chica tenía que «llenar bien las bragas».

Jugué con los elementos del boceto, adelantando a la chica y devolviéndola al fondo, hasta dar con una solución, con

la tipografía centrada sobre las caderas de la modelo. ¿Quién sería ella?, me pregunté. ¿El cuerpo de quién llenaría aquella silueta que yo había trazado? Fui al estudio a descubrirlo.

Thad ya estaba allí, moviendo cosas de un sitio a otro y dando órdenes a la gente, con la ceremoniosidad y la susceptibilidad de un experto decorador de interiores. La modelo estaba sentada en una silla plegable, protegiéndose los ojos de la luz de los focos. Llevaba una bata a cuadros negros y blancos que —al menos para mí— tenía algo de inesperadamente carnavalesco, pero, gracias a Dios, ella de carnavalesco no tenía nada. A su alrededor, la estancia parecía bullir de hombres, pese a que en realidad solo éramos cinco, incluyendo al técnico de luces. La secretaria de Thad, una mujer menuda que se llamaba Wilma y que tenía una mueca de desagrado permanente en la boca, llegó con el gato que habíamos conseguido de la Sociedad Protectora de Animales, acunándolo como si fuera ella a quien iban a fotografiar. Max Fraley, uno de los asistentes, fue a buscar un plato de leche. Yo me senté en el borde de una mesa y me solté la corbata. La luz de los focos era de un tono azul duro y desagradable, incuestionablemente artificial, que llamaba demasiado la atención y que detesté. Me recordaba a una prisión o una sala de interrogatorios, y ya no me pude sacar esa idea de la cabeza. Era una forma de verlo, otra era la pornografía. Pensé en esas películas que se proyectan en las fiestas de las fraternidades y en los clubes de oficiales del Ejército, en las que, aterrado, sabes que cuando la chica se desprenda de la toalla y la deje caer al suelo, la cámara no bajará discretamente con ella para luego seguir los pies desnudos de la protagonista hasta que desaparezcan en otra habitación, como en las películas antiguas de Hollywood, sino que permanecerá fija y, cuando la toalla caiga, se acercará; que destruirá su feminidad violando su secretismo; que nada quedará sin mostrar.

Thad pidió a la chica que se levantara. Tenía unos pies sanos, un poco hombrunos, con los dedos gruesos; yo habría apostado cualquier cosa a que nació en una granja. Su cara era bonita, franca, un poco pecosa, con los ojos grises. Era alguien a quien no me importaba mirar a los ojos. Y más adentro también, si ella me permitiera profundizar con la mirada. Y así lo hice, sin pensarlo, simplemente porque me apetecía. En el ojo izquierdo tenía una curiosa mancha en forma de media luna que captó mi atención. Me pareció un rasgo poderoso. No era algo llamativo, pero se te quedaba grabado. Una mano, asimismo fuerte y serena, mantenía cerrado el cuello de la bata, y ella echó la cabeza hacia atrás —mucho, casi como una contorsionista— y sacudió el pelo para que le cayera suelto sobre la espalda. Otras dos secretarías se materializaron a la vez junto a la modelo, como enfermeras o celadoras de prisiones. Thad hizo que la chica se colocara sobre las marcas de tiza, alrededor de las cuales habíamos retirado las hojas de periódico que había extendidas por el suelo. Encogió los pies sobre la fría superficie de corcho. Extendió los brazos y Wilma le quitó la bata. Tenía las piernas tersas y largas, no tan musculosas como yo había pensado al verle los pies, pero bien torneadas y proporcionadas, aunque no tan firmes como para mantenerse así durante mucho tiempo. La espalda desnuda tenía una apariencia indefensa e infantil, que fue lo más femenino y encantador que encontré en la chica, con la salvedad de su ojo. Llenaba las Kitt'n Britches bastante bien, sin que hubiera nada especialmente provocativo en su modo de hacerlo; podría haber sido la hermana de cualquiera de nosotros, y ese no era, en absoluto, el efecto que buscábamos. Sin saber exactamente cómo cambiar su pose, ni si se podía cambiar, me adelanté y la toqué.

Ella se volvió y me miró a la cara desde muy cerca, y la mota dorada y brillante acaparó toda mi atención; era más dorada que cualquier tono dorado existente; estaba viva, y me estaba

viendo. Al hallarnos tan cerca, la chica cambió por completo; parecía haber llegado a la adultez en el transcurso de un instante. Se cubría los pechos con las manos de un modo que parecía casual, y Max no estaba seguro de cómo darle el gato. Ella lo cogió y, al hacerlo, para cubrirse con el otro brazo, se tomó el pecho izquierdo con la mano, un gesto que me impactó. Sentí un estremecimiento profundo, complejo, masculino, como si algo me hubiera acariciado la próstata. Situó los pies sobre las marcas y se balanceó un poco —la luz se reflejó en sus hombros, los filamentos de los focos chisporrotearon y zumbaron— hasta encontrar postura.

Obtuvimos unas imágenes que Thad pensó que podían valer, aunque dijo que la chica no le parecía lo bastante buena como para volver a llamarla. Regresé a la oficina e hice algo que no había hecho desde mis primeros días en el estudio: pasé el resto de la tarde tomando nota de ideas y haciendo bosquejos. No saqué gran cosa en claro, pero la cabeza me saltaba de una ocurrencia a otra y algunas asociaciones fueron muy interesantes. Dejé una hoja con bocetos para Thad y le dije que necesitaba tomarme el viernes libre para hacer reparaciones en casa. No me puso pegas. Así hacíamos las cosas.